

CAPITULO XII.

Acontecimientos en Toluca y Zitácuaro, hasta la instalacion de la junta suprema de gobierno en este último lugar.

Al pasar el cura Hidalgo por el valle de Toluca en su marcha para la capital, comunicó en aquellos pueblos el fuego de la revolucion, que se hizo mas extensivo despues de la derrota de Aculco, porque los dispersos iban á propagar su causa hasta los valles de Sultepec y Temascaltepec y á Zitácuaro, lugar que adquirió célebre nombradía en esta época.

La fuerza que estuvo encargada de obrar sobre los insurgentes de aquel territorio y tener resguardados los caminos para la capital, estuvo primero encargada al teniente coronel de artillería D. Juan Sanchez; pero despues se cambió el mando en el capitan D. Juan B. de la Torre, «español viejo de cuatro suelos, lo llama D. Carlos Bustamante, enemigo terrible de la independenciam y con sus puntas de fanático.»

Esta seccion de Torre, en combinacion con otra al mando de D. Gerónimo Torrescano que obraba por el rumbo

de Tlalpujahua, perseguian con encarnizamiento la insurreccion; pero cuando batian una partida por un lado, aparecian dos por otro: si quemaban un pueblo se revelaban muchos mas; y por uno que muriera de los insurgentes, brotaban otros á ocupar el lugar que habia quedado vacante en las filas. Los destrozos que hizo el sanguinario fanatismo de Torre, puede conocerse de ciertos pasages de sus partes en que avisaba al virey el resultado de sus operaciones: despues de la accion del 28 de Marzo de 1811 en los cerros que coronan el real de Temascaltepec, decia «quedaron muertos á la vista mas de cuatrocientos insurgentes, sin contar con los desbarancados y despachados por su obcecacion á los infiernos;» y cuando junto con Torrescano fué á reprimir el alzamiento del pueblo de Jocotitlan, derramó á torrentes la sangre como en todas ocasiones, y se regocijaba en manifestar su feroz alegría por las calamidades que hizo pesar sobre aquella desgraciada poblacion. Dice al virey en su parte del 15 de Abril, que habia «tenido el particular gusto de dejar en el campo mas de cuatrocientos cadáveres.» Expresiones repugnantes que lastimando el sentido comun, marcan á sus autores con un borron negro haciendo execrable su memoria. Sigue refiriendo en el parte el fusilamiento del gefe Marmolejo y las demas atrocidades á que se entregó, concluyendo con estas palabras: «En obsequio de la verdad, puedo asegurar á V. E., que quedó bien castigado el execrable atrevimiento que tuvieron los obstinados insurgentes de Jocotitlan: es decir que el pueblo fué asolado y quemado. Tan severo escarmiento creo ponga freno á los enemigos de Dios, del rey y de la patria, á quienes si así no se verificare, perseguirá mi valiente division hasta lograr su total exterminio.» Tales eran los deseos de este gefe inhumano,

que no tardó en recibir el castigo de sus crueldades, y pagar con su sangre la mucha que había derramado.

Después de tantos destrozos, la insurrección seguía adelante; y uno de sus más fuertes baluartes era la villa de Zitácuaro en la provincia de Michoacán, situada á la entrada de la tierra caliente: se hallaba este lugar colocado en una ladera y algunas lomas bajas; pero circumbalado por cerros muy elevados, no teniendo más entradas que tres cañadas profundas y escabrosas. Mandaba en aquel lugar D. Benedicto López, hombre de poca instrucción porque su profesión era la agricultura; pero decidido por la causa de la independencia y de bastante influjo en todas las poblaciones que estaban en contacto con Zitácuaro.

Las continuas derrotas de los insurgentes, eran de poco provecho para la causa realista, porque la intrepidez de D. Benedicto López, levantaba á los demás jefes derrotados de su abatimiento; y por esto pensaron en sofocar la revolución en Zitácuaro, como una de las más abundantes fuentes de donde se hacía brotar á otros muchos lugares. Torre emprendió el ataque de esta plaza fuerte por naturaleza, el 22 de Mayo, mandando á la vanguardia la infantería mandada por los jefes Mora y Piñera, y quedando el mismo Torre á la retaguardia con la artillería. Se hizo la entrada por la cañada de S. Mateo, avanzando al parecer felizmente hasta el cerro del Calvario; pero cargando allí un considerable número de los defensores de la plaza, se trabó un combate en que murieron los dos jefes realistas, teniendo la tropa que retroceder desordenada, hasta donde venía Torre. Este jefe conoció la imposibilidad de la empresa, y pensó retroceder, saliendo por donde había entrado; pero cuando llegó al estrecho puerto de S. Miguel, ya los insurgentes habían levantado en él una trinchera de piedra, que le impidió la salida, sufriendo allí un vigoroso ataque de frente, á la vez que D. Benedic-

to López saliendo de la plaza, atacó por la retaguardia, poniendo así en el mayor conflicto á los realistas. Todo fué entonces desorden y confusión: la tropa de Torre se hallaba en un círculo de hierro que no podía romper; la incomodidad del terreno no le permitía usar de sus armas con la ventaja con que lo había hecho en otras partes; la muerte de Mora y Piñera, había hecho introducir el desaliento; y más que todo la presencia de una muerte cierta, porque en aquella guerra sin cuartel no había alternativa entre la vida y la muerte, y el que tenía la desgracia de ser vencido tenía como seguro haber llegado al término de sus días. Torre se vió entonces ahogándose en el lago de sangre que él mismo había preparado, y ya no pensó sino en lavarse aquellas manchas rojas, en la piscina que la iglesia católica ha preparado para las almas abrumadas por el peso de la iniquidad: se confesó con el cura Arévalo que lo acompañaba, y después de inútiles esfuerzos para escaparse por un estrecho camino de la cañada de los Laureles, cayó prisionero y pronto fué muerto, quedando su cadáver sepultado en un montón de piedras, que le arrojaba un pueblo en el exceso de su indignación. Toda la división pereció: su armamento y cuanto llevaba, quedó en poder de los contrarios; y de los soldados fué muy raro el que tuvo la buena suerte de escapar, pues el que no quedó muerto en aquella fatal jornada, fué hecho prisionero.

Cuando tuvieron lugar estos acontecimientos, Rayón se hallaba en Tusanla, con los pocos que lo habían podido acompañar después de su derrota de Pabellón; y sabiendo la victoria de Zitácuaro, se apresuró á ir allá para aprovechar con su genio las ventajas que se podían obtener de aquel triunfo. En lo primero que se ocupó fué en aumentar fortificaciones á las defensas naturales de la plaza, para tener con mayor seguridad, el lugar donde residiera

el centro de union de todas la fuerzas que diseminadas en toda la extension del país se encaminaban á un mismo fin: abrió una gran zanja que circumbalara la ciudad, la cual pudiéndose llenar de agua en el momento que se quisiera, no podia pasarse con facilidad: detras de ella, construyó un parapeto, colocó baterías en los puntos mas convenientes, preparó el modo de inundar en un momento dado el terreno que se dejaba fuera del perímetro fortificado, aumentó la fundicion de cañones, procuró obstruir los caminos que conducian al lugar, reconcentrar en él la mayor cantidad posible de víveres, haciendo destruir todo lo que podia servir al enemigo en las inmediaciones; y procurando dar instruccion á sus soldados, esperó el ataque que no creia muy lejano, pues suponía y con razon, que el gobierno virreinal estaria deseoso de vengar la destruccion de la fuerza que habia perecido con el desgraciado Torre.

En el camino de la capital á Querétaro, habia una fuerza al mando de los gefes Alonzo y Castro, recorriendo los caminos de Tula, Tepeji del Rio y Huichapan: por estos puntos no era menor el derramamiento de sangre, ni se escaseaban los elogios á los que ejercian mayores actos de inhumanidad. Castro despues de la ocupacion de Cadereita el dia 3 de Mayo, recomienda al virey, «el acto de patriotismo que ejecutó el sargento Francisco Monter dando muerte á un sobrino suyo que encontró en la refriega.» Estas fuerzas se mandaron situar en la hacienda de Tultenango, para tener espedita la comunicacion entre México y Valladolid; pero considerando que ellas no eran capaces por sí solas de emprender el ataque de Zitácuaro, hizo el virey que con este marchase el coronel Emparan, que se hallaba en Guanajuato despues de haber derrotado á Rayon en el Maguey. Emparan temeroso de un fracaso como el que causó la ruina de Torre,

no se acercó sino despues de tomar muchos informes del estado que guardaba la plaza que iba á atacar y prevenirse de la mejor manera que pudo. Sin embargo de todas estas prudentes prevenciones, no fué feliz en su ataque del 22 de Junio; y despues de esfuerzos estériles, teniendo que maniobrar sus soldados en campos anegados para estrellarse luego en las fuertes trincheras de la plaza, se retiró para Toluca lamentando grandes pérdidas en las fuerzas de su mando.

Aunque esta jornada no fué tan desastrosa como la de Torre, se consideró y con razon una derrota de los realistas; y el regocijo que esto produjo, lo mismo que los triunfos adquiridos por Morelos y los avances que la insurreccion hacia en Valladolid, hicieron pensar á los afectos en México á la independendencia, en deshacerse del virey. El plan estaba concertado para ejecutarlo, la tarde del 3 de Agosto, á la hora que Venegas acostumbraba salir al paseo de la Viga. Algunos hombres á caballo, debian echarse sobre la escolta que lo acompañaba, y tomándolo preso, pensaban conducirlo á Zitácuaro á disposicion de Rayon, para que lo hiciera firmar las órdenes necesarias á fin de poner á su disposicion todo el país. Esta conspiracion en que parece tenia la mayor parte el Lic. D. Antonio Ferrer, de acuerdo con los padres agustinos, Negreiros, Castro y Rosendi, era en sentir de D. Lucas Alaman, formada por gente de poquísimo valer, conforme al carácter de la revolueion que con ella iba á consumarse, consistiendo sus medios de accion en excitar las mas bajas pasiones, estimulando á la hez del pueblo con el sebo del robo y el saqueo, contando por auxiliares á los criminales encerrados en las cárceles y que juzgada hoy con imparcialidad de la distancia á que estamos de aquellos tiempos, parece se le dió entonces mas importancia de la que merecia; pero segun Busta,

mante que parece aun tuvo alguna parte en este negocio, ó por lo menos estuvo bien informado en su secreto, fué un grandioso proyecto y atrevido golpe que proyectó Rayon, y segun el sentir del mismo autor una *mugercilla* lo descubrió á Venegas, que en el momento tomó todas las precauciones convenientes para la seguridad de su persona, la tranquilidad de la capital y la prision de los conjurados de los cuales pronto pagaron con la vida, el Lic. Ferrer, los cabos del regimiento del comercio, Cataño y Ayala y otros particulares, siendo otros condenados á presidio y los religiosos á reclusion en un convento de su órden en Manila.

Rayon, veia que sin embargo de crecer cada dia en el espíritu público el deseo de la independencía y de que ya se habian logrado algunas ventajas sobre los realistas, no podria lograrse un buen término en la empresa, sino creando un centro de union para tantas fuerzas que diseminadas no podian hacer otra cosa que llevar á todas partes la desolacion, extender la anarquía y fomentar la desmoralizacion, y este centro que pudiera reparar tales males, no podia ser otro, que crear un gobierno, por lo cual siguiendo las huellas de los españoles, como ellos pensó Rayon en la instalacion de una junta gubernativa. Para este fin, invitó á todos los gefes que estuvieron mas cerca de Zitácuaro, pero muchos guerrilleros que no pensaban sino en vivir á costa de la opresion que ejercian en los pueblos, no acudieron al llamamiento que para este fin se les hizo: los Villagran, aun por esto chocaron y desconocieron la autoridad de Rayon: Albino García, dando á conocer su carácter inculto y grosero, se negó á la invitacion, diciendo que para él «no habia mas junta que la de dos rios, ni reconocia mas alteza que la de un cerro,» y solo Morelos, que en todo daba á conocer sus ideas de órden, contestó con la siguiente nota.

“En oficio de 13 de Julio me dice V. E. que desea saber el estado en que me hallo para realizar la idea de que formemos una junta, á la que se sujeten todos los comisionados y gefes de nuestro partido, para embarazar los trastornos que la conducta de muchos de ellos origina á la nacion, y la anarquía que se deja ver y será irreparable entre nosotros mismos y aguarda exponga mi dictámen mandándole un hombre de sobresalientes luces para instalar dicha juntó de tres ó cinco sujetos en quienes se deposite nuestra confianza, dicten lo conveniente á nuestra causa y recojan tanto comisionado y generales que por sí propio se han nombrado, con el objeto de no entrar jamás en accion, hostilizar los pueblos y mantenerse del robo indistintamente. Y respondiendo á todo por partes, digo: que tengo cuatro batallones sobre las armas, uno guardando los puertos de la costa, otro en el Veladero ó fuerte de Morelos sosteniendo el sitio de Acapulco, y dos acantonados en los pueblos de Chilpancingo y Tixtla, aguardando provision de pólvora para seguir la marcha. Con estos cuento seguros por escogidos á mi satisfaccion, pues aunque hay otras divisiones creadas por mis comisionados estas se bambolean á la anarquía de tanto general como de dia en dia se van descubriendo. Cuento tambien con los naturales de cincuenta pueblos, que hacen algunos miles, pues aunque no están disciplinados, sirven de mucho en un ejército estando subordinados. A estos los he retirado á la agricultura para el sustento de todos, y á aquellos sobre las armas con las correspondientes á su número, y cuento tambien con mas de cincuenta cañones de varios calibres.”

“Tengo hecho mi acendrada en las Amilpas, Puebla y Oaxaca, y los pueblos prontos al grito que se les de, concluidas que sean sus escardas, por lo que no dudo de los progresos que me prometo en dichas provincias.”

“En cuanto á formar la junta, parece que estábamos en un mismo pensamiento, y muchos días ha que lo he deseado, para evitar tantos males por los que nada hemos progresado, y por ellos he padecido hambres y desnudeces, hasta llegar el caso de vender mi ropa, quedándome con lo encapillado, por socorrer las tropas.”

“No hay duda que á los principios nos fué preciso extender muchas comisiones para aumentar el fermento, pero ya es tiempo de amasar el pan. Yo dí algunas por mi rumbo, mas á poco tiempo las reduje con modo á corto número de personas útiles, pues los demás solo eran devorantes, resultando algunos de estos con nombramientos otorgados por sí mismos y de mucha gerarquía.”

“Por este lado no hay letrado que poder comisionar por mi parte; y aunque yo no lo soy, pudiera asistiendo á la junta, allanar algunas dificultades por lo que la experiencia me ha enseñado; pero no pudiendo separarme ni por un instante sin riesgo de perder todo cuanto he adelantado, nombro en mi lugar al doctor D. José Sixto Verduzco, cura de Tuzantla para que representando mi persona concorra á dicha junta, á fin de cortar el desórden y anarquía que nos amenaza; no haciéndolo en la persona de V. E. porque debiendo ser uno de los miembros de la corporacion, no se diga que lo ha querido ser todo, y aunque presumo que dicho doctor pueda ser de los tres que compongan la junta, podrá delegar mi comision en la persona que le parezca, con tal que sea declarada por nuestra causa, cimentándose en los principios y fines que nos hemos propuesto y sosteniendo mis disposiciones tomadas que digo en el adjunto papel y se contienen en los dos bandos, para no causar trastorno y confusion.”

«Que no pasen de tres individuos los que compongan la junta es conveniente; pues *non potest bene gerere rempublicam imperio multorum.* Importa en sumo grado

extinguir tanto devorador ó ladrones generales. Conozco algunos que siempre se ponen á treinta leguas del enemigo, piérdase lo que se perdiere y pudiera señalar á algunos; pero ya son todos *per se notos.* Esta junta es legítima, por lo menos respecto de este rumbo de mi cargo, por ser con consentimiento de todos estos pueblos y oficiales y por dirigirse á su objeto esencial y primario: solo nos resta que nos demos prisa en ejecutarlo todo, porque el tiempo se nos pasa y los desórdenes siguen; pues queriendo remediarlo de otro modo, seria mejor pelear con las siete naciones. Previendo esto, lo acordamos con el Sr. Hidalgo en Indaparapeo, y que yo pudiera recoger las comisiones dadas de su puño á los que abusasen de ellas, pero como por una parte el enemigo no se me ha quitado del frente, y por otra los culpables han sabido acogerse al asilo de tanto general como Muñiz, han quedado sin efecto mis providencias en esta parte. Queda victoreada la batalla de Zitácuaro y publicado el manifiesto de V. E. Dios le guarde muchos años. Cuartel general en Tixtla, Agosto 13 de 1811.—José María Morelos.—Exmo. Sr. Lic. D. Ignacio Rayon.»

Con el fin de establecer este simulacro de gobierno, se celebró una junta el 19 de Agosto de 1811 á la cual concurrieron los dos gefes Rayon y Liceaga en quienes la junta de guerra del Saltillo depositó la autoridad con que Hidalgo y Allende se habian investido por sí mismos en Dolores. Tambien asistieron á ella, el mariscal de campo D. Ignacio Martinez, D. Tomás Ortiz y D. Benedicto López tambien titulados mariscales, los brigadieres D. José Vargas y D. Juan Alvarran, los generales Manso y Ponce de Leon, el coronel Serrano en representacion de Huídobro, D. Remigio Yarza por D. Juan Antonio Torres, D. José Ignacio Ezaguirre por D. Mariano Ortiz y el Dr. Verduzco á quien hemos visto le fué dado el encargo de

TOM. IV.—P. 26.

representar en esta junta al cura D. José María Morelos gefe del ejército insurgente del Sur.

Se hizo constar la necesidad de la formacion de una junta gubernativa, que con un carácter supremo, cuidase de organizar los ejércitos, proteger la insurreccion y librar á la nacion de la opresora dominacion y pesado yugo que habia sufrido por tres siglos. Todos los concurrentes, declararon unánimes la creacion de la junta, que por entonces debia componerse de tres vocales, que despues podrian aumentarse hasta cinco. Hecha la eleccion para miembros de la junta, recayó en D. Ignacio Rayon para presidente y en D. José María Liceaga y el Dr. Verdugo para vocales. Rayon tomó la denominacion de «Presidente de la Suprema junta y ministro universal de la nacion;» y la junta la de «Suprema junta gubernativa de América.»

La junta desde luego entró en el ejercicio de su autoridad, y fueron citados los oficiales, alcaldes y gobernadores de los pueblos de indios, para que todos prestasen juramento de obediencia y fidelidad á la junta que gobernaba en nombre del rey Fernando VII. Este paso de invocar al rey de España, parodiando en esta parte la conducta de Hidalgo y la de las juntas de la Metrópoli, lo explicaba la de Zitácuaro en carta al cura Morelos en estos términos. «Habrá sin duda reflejado V. E. que hemos apellidado en nuestra junta el nombre de Fernando VII que hasta ahora no se habia tomado para nada: nosotros ciertamente no lo habriamos hecho, si no hubiéramos advertido que nos surte el mejor efecto: con esta política hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos desertándose, se hayan reunido á las nuestras; y al mismo tiempo, que alguno de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el rey, sean los mas decididos partidarios que tenemos.» Sin embargo,

Morelos no dejaba de reprobar esta conducta que llamaba una superchería, pues decia «que no era razon engañar á las gentes haciendo una cosa y siendo otra, es decir, pelear por la independecia y suponer que se hacia por Fernando VII. «Este carácter franco de Morelos le da un realce muy superior al de sus compañeros de operaciones. El virey conocia muy bien la importancia que podia tener este acontecimiento, y para prevenir sus consecuencias, reprodujo las órdenes que habia dado á Calleja desde el descalabro sufrido por las fuerzas de Rmparan: para que pasara cuanto antes á Zitácuaro á reprimir aquel gérmen de vida que de nuevo aparecia para la insurreccion; pero esto no fué tan pronto como se queria, y antes de referir esta expedicion, daremos otra ojeada sobre el aspecto general del país en los últimos meses de 1811.

Calleja tambien reconocia que la formacion de la junta de Zitácuaro era un nuevo rayo de luz que nublaba la esperanza de los reyes á la independecia, y ya que no podia en el acto dirigir sus operaciones sobre aquel punto quiso contrariar los efectos que podia producir en las acciones por medio de proclamas desvirtuando sus tendencias. A la vez que empleando medios de acallar los miembros de la junta cuando se reunian en ella la moral y la justicia. La junta que se formó en Zitácuaro y la de Hidalgo, se habia decretado ya. Obstarlo habia sido de Alenda, ofreciendo diez mil pesos al que entregase vivo el cuerpo de Rayon ó cualquiera de sus dos socios en la junta. Al que cometiese esta accion indaga, se le ofrecia un sueldo por todos los crímenes que pudiera haber cometido y una se comisionaron aciertos, que lesaban á Zitácuaro. Esto á probara la muerte de Rayon y sus compañeros. Esto congreso no correspondia al resultado que se prometian de estas torpes proyecciones, y en todas las acciones de guerra que dio á la revolucion el establecimiento de la junta